

La hora de la decisión

Discurso pronunciado por Jorge González, Jefe del Nacismo, por la radio de la Cooperativa Vitalicia, el 14 de enero de 1937.

CONNACIONALES:

La vida política del país ha entrado a una etapa decisiva.

De la actividad que asuman los chilenos en los próximos meses habrá de depender si Chile podrá abordar victoriosamente el porvenir o si nuestra nacionalidad se hundirá definitivamente en la anarquía.

Por eso me dirijo a vosotros, en esta ocasión, para hablaros, no tanto en mi calidad de Jefe de un gran Movimiento político, como en mi condición de chileno que observa con profunda ansiedad el rodar de la patria hacia el abismo.

Los días que está viviendo la República son de tanta trascendencia, que todo aquel que se precie de conservar aunque sólo sea un adarme de patriotismo está en el deber de posponer sus más premiosas preocupaciones privadas a la inquietud por la suerte de su pueblo y de su tierra.

Todo el resto de fervor patriótico que aún pueda quedar en las almas agostadas por el materialismo y la pasión doctrinaria debe ser puesto al servicio de la única causa que puede hoy merecer nuestros desvelos: la causa de la chilenidad.

PANORAMA DESOLADOR

Nos encontramos a menos de dos meses de una contienda eleccionaria que será la última elección general de parlamentarios en que el país tendrá ocasión de participar. Constituirá esa elección la postrera manifestación orgánica de vida de un régimen político y social que se encuentra en el ocaso de su trayectoria, circunstancia ésta que da a aquel acto una trascendencia histórica que no había tenido ninguna de las contiendas electorales anteriores.

El problema hoy planteado no es de orden partidista, sino que él afecta a la supervivencia misma de la República. Las fuerzas en choque no son doctrinarias, pues se trata de una lucha a muerte entre dos concepciones de la vida: la una, que pretende arrasar a sangre y fuego las conquistas de una cultura milenaria, para levantar sobre los despojos la más ominosa de las tiranías; la otra, que pugna por defender y rehabilitar los principios fundamentales de esa cultura y conducir a nuestro pueblo por nuevos derroteros de paz, de prosperidad y de justicia.

Sería torpe pretender negar que el comunismo ha llegado a constituir una amenaza inminente para la vida nacional. Su acción desquiciadora se ha hecho en tal forma perceptible, que nadie con mediana comprensión de la realidad puede ya poner en duda el gravísimo peligro que se cierne sobre nuestro cuerpo social.

La penetración bolchevique en la conciencia popular ha llegado al punto de que puede afirmarse que el virus soviético se halla infiltrado en todas las actividades y esferas del país. Más que el comunismo militante, se observa hoy en Chile un dominio absoluto de nuestra sociedad por la mentalidad marxista, que se ha traducido en la pérdida de todos los valores morales de la civilización cristiana que informa nuestra existencia colectiva.

Sobre esta base social degenerada y corrompida ha sido fácil tarea para los agentes comunistas montar la máquina política que hará posible la implantación del régimen

soviético en Chile. Es así como ha surgido la combinación de partidos denominada Frente Popular, que no es sino la forma encubierta en que la internacional comunista pretende conquistar para su causa el dominio mundial.

En nuestro país, como en el resto del mundo, el Frente Popular tiene por exclusivo objeto servir de puente entre los restos de la democracia liberal y la dictadura del proletariado, y todos sabemos que son millares los chilenos que se han prestado para esta maniobra diabólica.

El Frente Popular está integrado por una minoría comunista propiamente tal, que inspira y dirige todo el conglomerado, y por una masa de gregarios y dirigentes de pantalla, que siguen inconscientemente a esa minoría y hacen las veces de excipiente para que el país ingiera con mayor facilidad el veneno rojo.

Todas las pasiones y descontentos han sido aprovechados por los dirigentes comunistas para aglutinar a los heterogéneos integrantes de su combinación maestra. Desde los justos anhelos de mejoramiento del obrero honesto y laborioso, hasta el snobismo degenerado de intelectuales de mala ley; desde el sano afán revolucionario de la juventud disconforme con las injusticias del régimen, hasta los apetitos sanguinarios del delincuente profesional; desde la codicia del holgazán que vislumbra en la revuelta social un camino fácil para adquirir una opulencia que sus facultades le niegan, hasta la ambición del latifundista y millonario ansioso de popularidad y figuración.

Está fuera de duda que la combinación política así constituida, por innoble y frágil que sea la base de su estructura, habrá de alcanzar, en las elecciones de marzo, un incremento en su fuerza parlamentaria que le permitirá hacer punto menos que imposible toda labor constructiva de gobierno, lo que necesariamente traerá como consecuencia inmediata una agudización extrema del hambre y la miseria populares. De allí a la revuelta callejera y a la implantación de los consejos de obreros y soldados, hay sólo un paso.

He aquí el panorama que se presenta ante nuestros ojos para los meses que se aproximan.

DERECHAS INSERVIBLES

¿Cómo reaccionar ante semejante perspectiva?

Pregunta como ésta deben formularse hoy todos los chilenos que no pueden resignarse a que nuestro país siga la ruta trágica de Rusia y España.

¿Qué hacer para impedir que el fatídico plan bolchevique sea llevado a cabo en la forma que pretenden sus inspiradores y dirigentes?

El gobierno y los partidos de derecha han contestado a esta pregunta con la dictación de la Ley de Seguridad Interior del Estado, mediante la cual creen poder refrenar la acción comunista y atajar el triunfo del Frente Popular en las urnas de marzo.

Ya en otras oportunidades nos hemos referido a la ineficacia de esta clase de medidas represivas, y han sido personeros destacados de los mismos partidos que auspician esa ley, quienes, durante la discusión de ella, han recalcado su inutilidad para el fin que se dice perseguir.

El comunismo no puede ser combatido con ninguna clase de legislación represiva, porque él es un estado de conciencia. La deformación espiritual operada sobre los pueblos por la propaganda marxista no puede ser curada sino por una acción espiritual en sentido contrario, y por la eliminación de las causas externas que han hecho posible aquella perturbación de la mentalidad colectiva.

Ni una ni otra tarea están en condiciones de realizarla los grupos políticos de la derecha. No pueden esos grupos combatir el marxismo por las vías del espíritu, porque ellos mismos carecen de toda espiritualidad, y no pueden eliminar las causas externas que han favorecido el desarrollo del comunismo en nuestro país, porque han sido ellos los originadores de la miseria moral y material que abate al pueblo chileno.

Las derechas sólo conciben el comunismo a través de su aspecto económico, y lo combaten porque presienten en él un peligro para el tranquilo disfrute de sus rentas y haciendas. El aspecto moral del comunismo, su tendencia a aniquilar los valores espirituales de nuestra cultura, no constituyen para esos elementos motivos de preocupación.

El amor patrio, la fe, la tradición, son otros tantos valores del espíritu que han perdido en los partidos de derecha todo su significado. Si aún suelen invocarlos como recursos de oratoria u oriflamas electorales, no es porque realmente tengan de ellos una concepción clara y precisa, sino porque procuran aprovecharlos con fines de proselitismo entre las multitudes que sienten vibrar aquellos sentimientos en el fondo cristalino de su alma.

Mal puede, pues, un conglomerado de individuos escépticos y ajenos a toda reacción que no tenga atingencia inmediata y directa con los intereses económicos de sus componentes, pretender influir espiritualmente sobre las masas descarriadas por la prédica marxista. Mal puede hacer reemprender a esas masas el camino del patriotismo, de la moral y de la fe, si sus propios integrantes se demuestran incapaces de vibrar con estos sentimientos.

Esta misma esterilidad espiritual de las derechas es la que les impide comprender la acusación que nosotros les formulamos, de ser ellas las causantes de la miseria en que se debate la inmensa mayoría de nuestro pueblo. Consideran este cargo injusto, y para probar la injusticia citan copiosas cifras estadísticas, con las que pretenden establecer que la situación económica general es floreciente.

No ponemos en duda la verdad de las cifras y aún aceptamos que las condiciones económicas y financieras de la nación, consideradas en conjunto, son hoy superiores a las que existían cuatro años atrás.

Con todo, sólo los ciegos podrían negar que la miseria del pueblo ha llegado a límites jamás alcanzados antes.

Por muchas cifras estadísticas que se citen, es un hecho que no puede ser contradicho de buena fe, que tanto

las clases obreras del país, sin excepción, como toda la masa media de nuestra sociedad, viven en la más vergonzosa de las miserias. La existencia del trabajador chileno ha llegado a un estado tal de depresión y carencia de recursos, que se hace difícil concebir que pueda existir otro pueblo en el mundo entero, donde el obrero se halle condenado a sufrir una condición más denigrada e infeliz que la de nuestro roto. Y esta misma consideración debe hacerse extensiva a la enorme masa de pequeños empleados, profesionales, comerciantes y productores, todos los cuales se debaten permanentemente en la más apremiante y deprimida de las condiciones.

Por consiguiente, las cifras que en su apoyo invocan los partidos de derecha no hacen sino comprobar la injusticia irritante con que la riqueza nacional es distribuida en Chile. Si esa riqueza ha aumentado efectivamente en los últimos años, la realidad social del país comprueba que su aprovechamiento no ha recaído equitativamente sobre todos los chilenos, sino que ha sido íntegramente usufructuada por un reducido grupo de favorecidos. Con ello sólo se ha conseguido acéntuar el contraste existente entre ese pequeño grupo de afortunados expoliadores y el pueblo, que mansamente soporta el yugo a que aquellos lo mantienen uncido.

Semejante situación de miseria e injusticia, fomentada al máximo en los cuatro años que están en el poder los partidos que forman la actual combinación electoral de derechas, ha tenido como fatal consecuencia la precipitación del pueblo en los brazos de los agentes marxistas. Ha sido la indiferencia brutal de esos partidos ante los clamores populares, el cínico desprecio con que en todo momento han contemplado el cuadro dantesco de dolor y de miseria que se desarrolla en los campos y los suburbios urbanos, lo que ha hecho posible el formidable crecimiento de las fuerzas disociadoras del orden social que en estos momentos coloca al país ante el más angustioso de los interrogantes.

En tales condiciones, la ley represiva que debe pro-

mulgarse en estos días, lejos de servir para aplacar los justos sentimientos de rebelión que fermentan en todas las capas de la sociedad, no hará sino precipitar el estallido de la revuelta. Nunca se ha dado el caso en la historia de que una revolución que ha prendido firmemente en el espíritu del pueblo pueda ser aplastada por la violencia material. Lo único que se consigue con medidas de esa especie es exacerbar los ánimos hasta la exasperación y precipitar el estallido revolucionario en su forma más sanguiñaria y brutal.

No son, pues, los partidos de derecha los que habrán de librar al país del trágico desenlace a que lo arrastra un estado de cosas por ellas mismas provocado. Después que su incapacidad y la incomprensión de sus deberes de detentadores oficiales del poder público los han señalado como absolutamente impotentes para encauzar los destinos de la nación por nuevos derroteros de estabilidad política y paz social, no tienen esos partidos el más mínimo derecho de reclamar para sus hombres el apoyo del electorado.

Esos hombres han traicionado los mandatos que la nación les había conferido, por lo que han perdido toda autoridad moral para pretender que el pueblo vuelva a tener fe en ellos.

UNA MINORIA RESUELTA

Pero, se arguirá, ¿dónde está, entonces, la fuerza política capaz de contener la avalancha del Frente Popular? Si se niega esta posibilidad a los partidos de derecha, que son los que representan la porción electoral más nutrida de la masa antibolchevique del país, con mayor razón estarán imposibilitados para afrontar esa lucha las nuevas corrientes políticas, que no cuentan con el poder electoral de los partidos liberal y conservador.

La respuesta para nosotros es sencilla.

No negamos que los partidos de derecha tengan todavía un poder de arrastre electoral notoriamente superior al del Nacismo. Su control sobre la gran prensa, la amplia disposición de recursos pecuniarios para la propaganda y especialmente para la compra de votos, y su indiscutido dominio del arte de preparar y ganar elecciones, colocan a esos partidos en una situación de ventaja sobre cual quiera otra organización política, para obtener para ellos un pronunciamiento favorable de las urnas.

Pero ese poder electoral que todavía conservan las derechas ya no constituye una fuerza positiva para dirimir la contienda trabada entre el bolchevismo y la chilenidad.

Toda la representación parlamentaria de que hoy disponen las derechas, numéricamente incontrarrestable, ha sido no sólo impotente para detener el proceso de bolchevización general, sino que lo ha estimulado en el más alto grado. ¿Qué ganaría, entonces, el país con que el Congreso de marzo próximo fuera integrado por la misma cuota de conservadores, liberales y demócratas que lo integran hoy día? ¿No ha sido bajo el imperio de esa mayoría parlamentaria que ha surgido el Frente Popular, que hoy tiene al país al borde de la tiranía roja?

Bastaría esta sola consideración para convencerse de que un nuevo Congreso controlado arbitrariamente por una mayoría derechista no haría sino llevar a término la obra destructora tan bien encaminada por el Congreso actual. Si el país tuviese la desgracia de caer en un error semejante, debería dar por perdidas sus últimas esperanzas de salvación.

Pero es un hecho que los partidos de derecha no recuperarán su actual hegemonía parlamentaria, y puede darse por descontado que quedarán en sensible minoría en relación con los representantes de la corriente frentista.

¿Se comprende lo que sería del país en trance semejante? ¿Qué garantías de resistencia, de batalla abierta y viril a los avances de la demagogia extremista podría presentar esa minoría cobarde, desorientada e inepta? Si hoy,

con toda la arrogancia que le infunde su situación mayoritaria en el gobierno, la derecha tiembla de pavor ante la presión cada día más audaz del Frente Popular, ¿qué puede esperarse de sus hombres mañana, cuando dicho Frente disponga de la mayoría del Congreso?

Sostengo, por eso, que lo que exigen imperiosamente las circunstancias no es la representación parlamentaria laxa y de ánimo senil que brindan al país los grupos derechistas, sino que una minoría audaz y valerosa, disciplinada espiritualmente y que esté dispuesta a no pedir ni dar cuartel en su lucha contra los que pretenden la ruina de la patria.

Es un craso error suponer que la decisión de los destinos del país estará fatalmente determinada por el número. No porque el Frente Popular cuente con una mayoría numérica de parlamentarios la República habrá caído irremisiblemente en sus manos. No olvidemos que ese conglomerado heterogéneo reposa sobre bases extremadamente febles y está dirigido por un hato de amoraes, incapaces y cobardes, que no podrán resistir por mucho tiempo a la acción enérgica de una minoría selecta y dispuesta a entregarlo todo, a trueque de salvar a la nación de las garras del internacionalismo rojo.

La historia nos enseña que han sido siempre minorías resueltas las que se han impuesto en las horas decisivas de los pueblos. No fué otro el caso de Mussolini, quien, con sólo una treintena de diputados, mantuvo en jaque al parlamento italiano bolchevizado y antifascista, hasta el día mismo en que la marcha sobre Roma puso término definitivo al estado de anarquía y desolación en que tenían sumida a Italia las bandas marxistas.

Entre nosotros sólo el Nacismo posee las condiciones necesarias para afrontar la lucha en los términos señalados. Sólo en sus filas compactas impera una indomable voluntad de vencer a los enemigos de la patria, aún a costa de los mayores sacrificios, y sólo en ellas vibra el espíritu de redención y de justicia capaz de arrebatar al comunismo la presa popular.

El Nacismo ha probado, en sus 5 años de existencia, que es él la única fuerza política del país que ha sabido afrontar, con decisión y coraje jamás desmentidos, a las hordas marxistas. Su actitud viril, sacrificada y heroica le ha significado ya 6 mártires y centenares de heridos, sacrificios éstos que han dado a sus hombres un temple de acero para afrontar las contingencias de cualquiera lucha del futuro, por dura que ella sea.

Será la representación parlamentaria del Nacismo la única que estará en condiciones de garantizar al país la honra y la vida, ante el evento de un triunfo electoral del Frente Popular. Ella sabrá vencer, con su disciplina y su coraje, al coloso bolchevique, al que hará rodar por tierra aniquilado y deshecho, para dar paso triunfal al pueblo chileno libertado para siempre de sus cadenas de miseria y oprobio.

CONTRA LA DEMOCRACIA

La porfía de las derechas por mantenerse en las posiciones que hoy ocupan, y su ceguera para ver la realidad, las han inducido a la tentativa descabellada de destruir el Nacismo mediante la adopción en su contra de medidas policiales de represión. Seguras de que nuestro Movimiento, una vez en el poder, procederá a castigar sin contemplaciones los manejos delictuosos del rufianismo político imperante, no han trepido en recurrir a la más hipócrita de las farsas para ver manera de aniquilarnos.

La Ley de Seguridad Interior del Estado persigue antes que nada este propósito. En el texto de la misma, aprobado anteayer por el Senado y que seguramente merecerá la ratificación incondicional de la Cámara baja, se "prohíbe la existencia y organización en Chile de todo movimiento, facción o partido militarizado o uniformado que persiga la implantación en la República de un régimen opuesto a la democracia."

Esta disposición, aunque no lo declara de un modo expreso, va directamente dirigida en contra nuestra. Es el

Nacismo el único movimiento político uniformado que existe en Chile, y el único también, que ha sido sindicado por el oficialismo politiquero como tiránico y opuesto a la democracia.

La verdad es, sin embargo, que esta disposición no podrá, en justicia, sernos aplicada.

La aseveración de que nuestro Movimiento sea tiránico y atentatorio contra la democracia, es gratuita y mentirosa. Sostenemos, por el contrario, que uno de los objetivos fundamentales del Nacismo es restaurar en Chile un genuino régimen de democracia, en que el Estado y el pueblo colaboren estrechamente unidos a la grandeza nacional.

Porque, si existe algún sistema contrario a la democracia, él es el que hoy tenemos en vigor en Chile.

No es ni puede ser régimen democrático aquel que sustenta su autoridad en una oligarquía política que no tiene otros títulos para arrogarse la representación popular que los de su audacia o su dinero. No encarnan la voluntad de la nación las organizaciones partidistas que cimentan su poder en el cohecho y el fraude electoral, en el engaño y la mentira elevados a la categoría de armas legítimas de combate, en el cambullón de asamblea y la traición en toda forma a la confianza popular. No es democracia el régimen que confunde la voluntad de la nación con la de los agentes de los grupos plutocráticos que la explotan y esquilman, ni tampoco es tal el gobierno que somete incondicionalmente su autoridad soberana a la voluntad de los grandes potentados del capitalismo internacional.

No puede hablarse de defensa de la democracia en un pueblo que, a pesar de contar con excepcionales virtudes de patriotismo y laboriosidad, ha sido arrastrado, por la obra nefasta de sus gobernantes, a un estado de degeneración física y moral que lo coloca hoy en uno de los últimos peldaños de la escala de las naciones del mundo civilizado; ni existe democracia en un suelo que, a pesar de su asombrosa fertilidad, no está en condiciones de nutrir a un número de pobladores que resulta insignificante en relación con los que naturalmente es capaz de contener.

La democracia es orden, es justicia, es corrección y decencia política y administrativa. Ella sólo existe cuando el pueblo y sus dirigentes están ligados por un estrecho vínculo de confianza recíproca, que haga que aquél vea en los gobernantes los genuinos realizadores de sus aspiraciones y anhelos, y éstos sientan en la masa popular el apoyo fervoroso que les permita afrontar victoriosamente los problemas encomendados a su sano criterio y patriotismo.

Nada de lo dicho poseemos actualmente en Chile. El pueblo no tiene fe en los gobernantes y éstos temen o desprecian al pueblo. Un abismo insalvable separa a los hombres que detentan el poder público, de la masa popular, la que ve en ellos, no a los esforzados patriotas que la orientan por derroteros de prosperidad y de grandeza, sino a los verdugos encargados de torturarla y sojuzgarla.

La nación no puede conformarse con un régimen en que campean el fraude, el latrocinio y el abuso. No puede someterse al doloroso cuadro de una raza que parece víctima del hambre y de las más atroces y repugnantes plagas físicas; no puede resignarse al espectáculo de corrupción y desorganización de una administración pública que entorpece y prostituye las mejores iniciativas, ni puede tolerar inerte que mientras se despilfarran los dineros públicos en toda suerte de empresas y actividades inútiles y ruinosas, se mantenga en el más deplorable de los abandonos a las nueve décimas partes del territorio nacional.

La nación quiere orden, pero no impuesto a latigazos, sino que un orden creador, que emane del natural y sano equilibrio de todas sus fuerzas. Un orden que sea la resultante de la comprensión honrada, por parte de los gobernantes, de las más sentidas necesidades del pueblo, y de la firme voluntad de satisfacerlas. Un orden basado en la justicia, en la honestidad, en la comunión generosa de los deberes recíprocos de gobernantes y gobernados.

Es ésta la democracia que nosotros patrocinamos. Ella difiere, a no dudarlo, del formalismo jurídico con que se disfraza la falsa democracia hoy imperante, pero realiza, en cambio, hasta sus últimas consecuencias, la auténtica concepción del gobierno del pueblo y para el pueblo.

A la tiranía irresponsable de los grupos politiqueros sustituiremos la autoridad enérgica y ampliamente responsable de una jerarquía selecta, firmemente apoyada en las fuerzas de trabajo de la nación. La actual anarquía parlamentaria será reemplazada por una representación funcional o corporativa del pueblo, en la que tendrán legítima cabida todos los elementos del trabajo nacional.

En la democracia nazi, el pueblo y el Estado se mantendrán en estrecho y permanente contacto. Juntos abordarán la solución de los grandes problemas colectivos y juntos conducirán a la nación a la conquista de sus altos destinos.

LA HORA DE LA DECISION

Afirmo, pues, que la ley represiva no podrá jamás alcanzarnos.

Pero, si la inconsciencia de los hombres del gobierno llegara hasta el extremo de querer aplicar esa ley contra nosotros, declaro formalmente que las responsabilidades por lo que entonces suceda recaerán directa y personalmente sobre ellos.

La hora que vive la República es demasiado delicada para que impunemente pueda continuarse jugando con su suerte.

No son los hombres que accidentalmente ocupan los cargos directivos del Estado quienes tienen en sus manos los destinos nacionales. La decisión final habrá de corresponder en todo caso al pueblo de Chile, y ella se producirá tarde o temprano, por drásticos y violentos que sean los recursos de que se eche mano para evitarla.

Y el pueblo—óiganlo bien los corifeos de la farsa constitucional y legalista—no se pronunciará jamás a favor de este régimen que se hunde. Él desea un cambio radical en el actual estado de cosas, y ese cambio lo impondrá por la razón o la fuerza.

Nunca hasta ahora los hombres han podido clavar la rueda de la historia, y es incuestionable que tampoco le será dado hacerlo en esta ocasión.

El régimen de la democracia liberal está muerto y sus últimos vestigios deberán forzosamente desaparecer, por lo que la gran tarea de esta hora no consiste en obstinarse montando guardia ante un cadáver, sino que en saber infundir una nueva vida política y social a la nación.

Los elementos de la antipatria trabajan febrilmente para conseguir que esa nueva vida se plasme con las deformidades monstruosas del comunismo, y todo indica que conseguirán su objetivo si la nación no sabe defenderse a tiempo.

El Nacismo encarna esa defensa. En su seno se cobijan todas las grandes reservas de la raza, toda la voluntad de vivir de un pueblo que tiene derecho a la existencia.

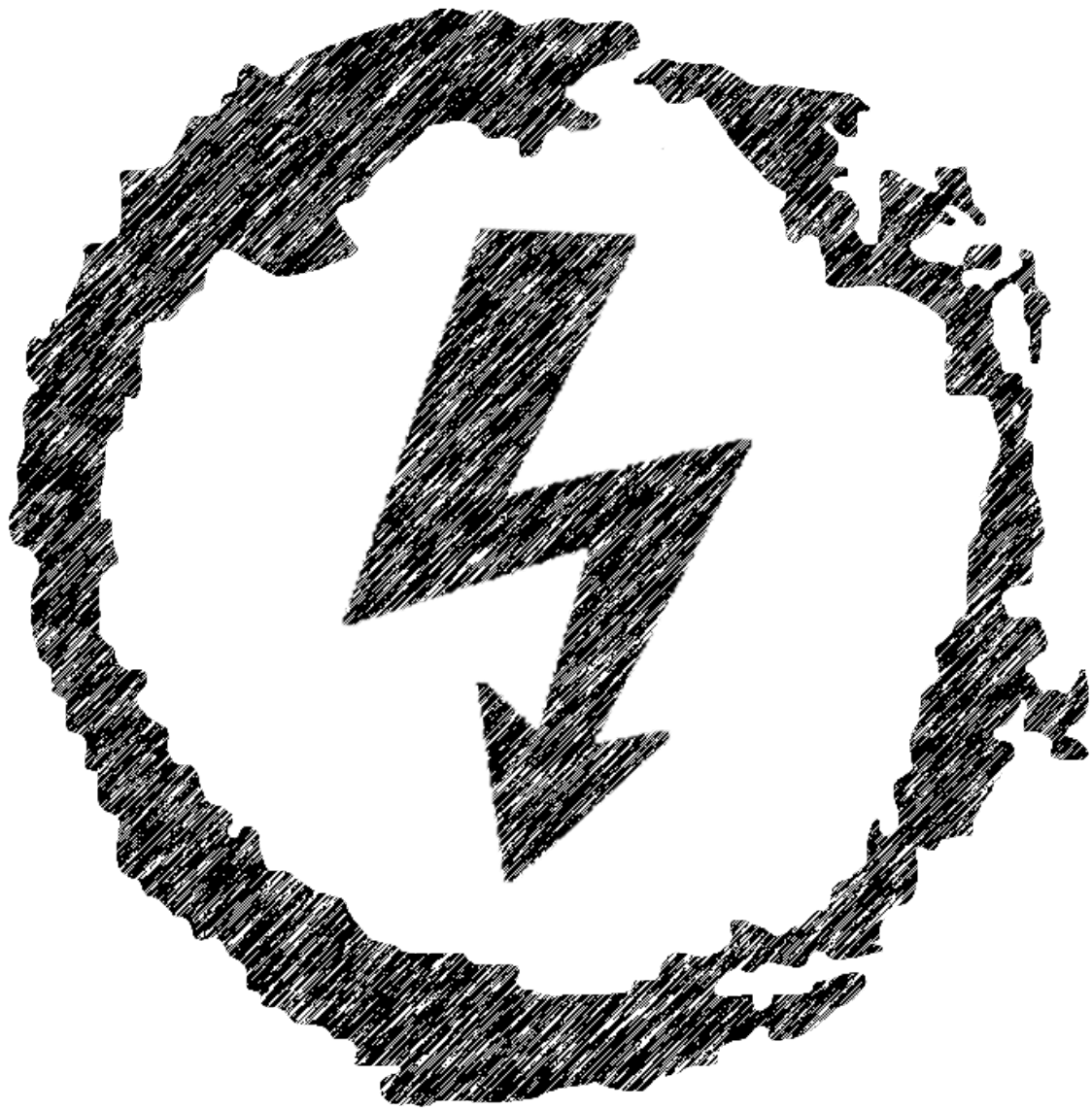
Es esta voluntad de vencer a todo trance a las fuerzas de disolución y de muerte que se han enseñoreado del país, la que hoy debe ser estimulada sin ninguna clase de reservas por todos los chilenos de verdad.

El momento de la decisión se aproxima. De la actitud que el pueblo chileno asuma en los próximos meses penden los destinos de la República.

A vosotros, pues, connacionales, os corresponde resolver.

Si sabéis sobreponeros a vuestros prejuicios, a vuestras rencillas, a vuestros odios y envidias, y os decidís a emprender resueltamente el camino que nosotros os señalamos, podéis estar seguros de que muy pronto una nueva aurora disipará las tinieblas en que se debate la patria.

Si persistís en vuestra incomprensión y os aferráis tontamente a fórmulas y combinaciones que ya nada pueden contra la amenazante realidad; si os enquistáis en vuestro egoísmo y creéis poder esquivar la catástrofe sin poner de vuestra parte la más pequeña dosis de sacrificio, entonces tenerlo por cierto, no habrá fuerza humana capaz de contener la tromba destructora que transformará este suelo en un torrente de sangre y de lágrimas.



K U K L O X . X Y Z